

## Capítulo XXXI

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza, su escudero, con otros sucesos

- Todo eso no me descontenta; prosigue adelante - dijo don Quijote -. Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.

- No la hallé - respondió Sancho - sino ahechando dos fanegas de trigo en un corral de su casa.

- Pues haz cuenta - dijo don Quijote - que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, hechos de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era cardenal o trechel?

- No era sino rubión - respondió Sancho.

- Pues yo te aseguro - dijo don Quijote - que, ahechando por sus manos, hizo pan cardenal, sin duda alguna. Pero pasa adelante; cuando le diste mi carta, ¿besóla? ¿Púsosla sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

- Cuando yo se la iba a dar - respondió Sancho - ella estaba en la fuga del mero de una buena parte del trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel castal, que no la pueda leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está».

2

## CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO

- ¡ Discreta señora! - dijo don Quijote -. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho. Y en tanto que estaba en su menester, ¿ qué coloplos pasó contigo? ¿ qué te preguntó de mí? Y tú ¿ qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mímicua

- Ella no me preguntó nada - dijo Sancho - mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desuido de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a voluntad ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna

- En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal - dijo don Quijote -, porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer a una tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

- Tan alta es - respondió Sancho -, que a buena fe que me lleva a mí más de un coto.

- Pues ¿ cómo, Sancho? - dijo don Quijote -. ¿ Hasta medido tú con ella?

CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO

- Medime en esta manera - respondio Sancho - : que, llegándole a alludar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que se le llevaba más de un gran palmo.
- Pues es verdad - replicó don Quijote - que no acompañas esa grandera y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: Cuando llegaste junto a ella, ¿me sentiste un olor salado, una fragancia aromática y un olor sí que de buena, que yo me acierte a darte nombre? Digo ¿un túcar o túcar como si estuvieras en la tienda de algún carnicero guantero?
- Lo que sé decir - dijo Sancho - es que sentí un olorillo algo honderoso y debía ser que ella, con el mucha ejercicio, estaba sudada y algo corruera.
- No sería eso - respondió don Quijote -, sino que tú delectas de estar romanizado o te delectas de oler a tí mismo, porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar delectado.

(4)

CAPITULO TRIGESIMO PRIMERO

- Todo puede ser - respondió Sancho -, que muchas veces sale de mi aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro.

- Y bien - prosiguió don Quijote -, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviarlo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

- La carta - dijo Sancho - no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced que le besaba las manos y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle, y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates y se pusiese luego en camino del Toboso,

CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO

si otra cosa de más importancia no le sucediere, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced. el el Caballero de la Triste Figura. Pregúntele si había ido allá el vecuino de marras; díjome que sí y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotas, mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

- Todo va bien hasta ahora - dijo don Quijote -. Pero, dime, ¿qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y las damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

- Bien puede ser eso así, y yo la tengo por buena usanza, pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan, y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando de ella me despedí; y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

- Es liberal en extremo - dijo don Quijote -, y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela; pero son buenas son mangar después de Pascua: yo la veo, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y

(6)

CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO

Veniste por los aires, pues poco más de tres días  
has tardado en ir y venir desde aquí al Tabo, habiendo de aquí allá más de treinta leguas. Por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, se pena que ya no sería buen caballero andante, diga que este tal te debió de ayudar a caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio de estos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y, sin saber cómo o en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos a otros, como se socorren a cada paso, que acontece estar una peleando en las sierras de Armendia con algún endriago o con algún fiero vestiglo, o con otro caballero, donde lleva la peor de la batalla y está ya a punta de muerte, y cuando no es me cata, asoma por oculto, encima de una nube o sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y

(7)

CAPITULO TRIGÉSIMO TERCERO

libra de la muerte, y a la noche se halla en su posada, cenando muy a sabor; y suele haber de la una a la otra parte dos o tres mil leguas, y todo esto se hace por industria y sabiduría de estos sabios encantadores que tienen cuidado de estos valerosos caballeros. Así que, amigo Saúcho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses.

- Así sería -dijo Saúcho-, porque a buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con atoque en los oídos.

- ¡Y cómo si llevaba atoque! -dijo don Quijote-, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja.

Pero, dejando esto a parte, ¿Qué te parece a ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya a ver? Que, aunque yo veo que estoy

Obligado a cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que he prometido a la princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballería a cumplir mi palabra con gusto. Por una parte, me acosa y fatiga el deseo de ver a mi señora; por otra, me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa. Pero lo que pienso hacer será caminar apriesa y llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza y pondré a la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta a ver a la luz que mis sentidos alumbrá, a la cual daré tales disculpas, que ella venga a tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redundá en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dá y de ser yo suyo.

— ¡Ay — dijo Sancho —, y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿Piensa vuestra merced caminar este camino en balde y dejar pasar y perder un tan rico y tan



principal casamiento como éste, donde le dan en dote un reino, que a buena que he oído decir que tiene más de veinte mil lenguas de contorno y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdonéme, y cácese luego en el primer lugar que haya cura; y si no, ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, y que más vale pájaro en mano que buitres volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga.

- Mira, Sancho - respondió don Quijote -, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego un rey en matando al gigante y tenga

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO PRIMERO

- Cómo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor de ella ya que no me casé, me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere, y en dándomela, ¿a quién quiereres tú que la dé sino a ti?
- Eso está claro - respondió Sancho - pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque, si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos y hacer de ellos lo que ha he dicho. Y vuestra merced no se cure de ir por ahora a ver a mi señora Dulcinea, sino vayase a matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho.
- Dígote, Sancho - dijo don Quijote - que estás en lo cierto y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que a ver a Dulcinea. Y quisote que no digas nada a nadie, ni a los que nos oyes venir, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. - Pues si eso es así - dijo Sancho - ¿cómo hace vuestra merced que todos los que venen

por su brazo se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esta firma de su nombre que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir a hincar de pinojos ante su presencia y decir que van de parte de vuestra merced a darle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos?

- ¡Oh, qué necio y qué simple que eres! - dijo don Quijote. - ¿Tú no ves, Sancho, que eso todo redundaba en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pensamientos que a servilla por sólo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos sino que ella se contente de aceptarlos por sus caballeros.

- Con esa manera de amor - dijo Sancho - he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena, aunque yo le querría amar y servir por lo que pudiese.

- ¡Válate el diablo por villano - dijo don Quijote, y qué de discreciones dices a las veces! No

parece sino que has estudiado.

- Pues a fe mía que no sé leer. - respondió Sancho. En esto les dio voces maese Nicolás que esperasen un poco, que querían detenerse a beber en una fontecilla que allí estaba. Detúvose don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto y temía no le cogiese su amo a palabras; porque, puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la había visto en toda su vida.

Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que, aunque no eran muy buenos, hacían mucha ventaja a los que se dejaba. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que tenían.

Estando en esto, acertó a pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose a mirar con mucha atención a los que en la fuente estaban, de allí a poco arremetió a don Quijote y, abrazándole por las piernas, comenzó a llorar muy de propósito, diciendo:

CAPITULO TRIGÉSIMO PRIMERO

- ¡Ay, señor mío! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconociéndole don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió a los que allí estaban y dijo:

- Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desgagan los tuertos y agresivos que en él viven por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días pasados, pasando yo por un bosque, oí unas gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego, llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado a una encina a este muchachón que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejara mentir en nada.

Digo que estaba atado a la encina desnuda del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo a azotes con las riendas de una yegua un villano, que después supe que era su amo; y así como yo le vi le pregunté la causa de tan atroz vapuleamiento; respondió el Zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía nacían más de ladrón que de simple; a lo cual este niño dijo: « Señor, no me azota sino porque le pido mi salario ». El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales, aunque de mí fueron oídas, no fueron admitidas. En resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaría consigo y le pagaría un real sobre otro, y aun sahumerios. ¿ No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿ No notaste con cuánto imperio se lo mandé y con cuánta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, de lo que pasó a estos señores, porque se vea y considere der del proyecto que digo haber caballeros andantes por los caminos.

— Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad - respondió el muchacho -, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina.

— ¿Cómo al revés? - replicó don Quijote -. Luego ¿no te pagó el villano?

— No sólo no me pagó - respondió el muchacho -, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió a alzar a la visera encima y me dio de nuevo tantas azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y a cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, por si se fuera su camino adelante y no viviera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi caso se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego

Me soltara y pagara cuanto me debía. Mas como vuestra merced le deshonro' tan sin propósito y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vio solo desca'rgó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida. — El díaño estuvo — dijo don Quijote — en irme yo de allí, que no me había de ir hasta de jarte pagado, porque bien debía yo de saber por largas experiencias que no hay villano que guarde palabras que tiene, si él ve que no le está bien guardalla. Pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir a buscarle y que le había de hallar, aunque se escondiese en el vientre de una ballena.

— Así es la verdad — dijo Andrés —, pero no aprovechó nada.

— Ahora verás si aprovecha — dijo Andrés —.

Y diciendo esto se levantó muy apriesa y mandó a Sancho que enfrenase a Rocante, que estaba paciendo en tanto que aquellos comían.

Preguntándole Dorotea qué era lo que hacer quería. Él le respondió que quería ir a buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado